

¿Ingenieros o antropólogos?

Son los antropólogos y no los ingenieros los que pueden interpretar las pautas culturales emergentes, además de crear mercados

MANUEL CASTELLS - 19/03/2005 - LA VANGUARDIA

Qué tiene que ver la balanza de pagos de España, publicada esta semana, con la antropología? Siga, siga leyendo. Los datos indican un déficit creciente de nuestro intercambio con el mundo, que ha pasado del 2,8% del PIB en el 2003 a un 5% en el 2004. En términos contables, consumimos más (importando buena parte de este consumo) y exportamos mucho menos: el comercio exterior pasó de un saldo negativo de 18.840 millones de euros en 1998 a un saldo negativo de 51.884 millones en el 2004. Además, nuestros inmigrantes ya envían fuera del país casi lo mismo que remiten nuestros emigrantes desde el exterior. Y, sobre todo, sigue la lenta pero apreciable caída del sector turístico, que era tradicionalmente la fuente de ingresos compensatoria de nuestra debilidad exportadora en otros rubros. Es más: la inversión directa extranjera en el 2004 se redujo a una tercera parte de su nivel en el año anterior. Y es que la deslocalización más importante no es la de las empresas que se van, sino de las que no llegan porque toman cada vez más fuerza las alternativas de inversión en Europa del Este y, sobre todo, en China, en India, en el Sudeste Asiático y en América Latina. La globalización del sistema productivo es un proceso que se acelera y que afecta profundamente a las economías de todos los países desarrollados, empezando por Estados Unidos. No se trata sólo de producción industrial, sino también de servicios y de actividades de alta tecnología. En principio, la ampliación del ámbito del crecimiento económico es un factor positivo, porque amplía mercados e incorpora a la economía mundial a cientos de millones de productores y consumidores antes marginados. Pero también obliga a las empresas de todos los países a internacionalizarse y a situarse competitivamente en los mercados, tanto externos como internos. Y aquí es donde surge el problema: ¿competitivos en qué?, ¿y a partir de qué factores?

La opinión más difundida es que evolucionamos hacia una nueva división internacional del trabajo en la que los países desarrollados, incluida España, se concentran en las líneas de producción de la gama alta de valor, merced a un mayor nivel de conocimiento, una mejor tecnología y una mejor calidad de proceso y de producto. Pero eso presupone que lo que se hace en China, con costes de producción muy inferiores a los nuestros, es menos productivo y se limita a la fabricación industrial en serie. Ni una cosa ni otra son verdad en estos momentos. Allá donde hay estudios rigurosos que comparan

procesos de producción equiparables, por ejemplo en las fábricas de automóviles estadounidenses en el norte de México, se constata que los niveles de productividad del trabajo son comparables con los de la misma producción en Estados Unidos. La tecnología industrial se difunde rápidamente por todo el mundo conectado a la red de producción global. Y el conocimiento, o sea los centros de investigación y desarrollo, está también descentralizándose hacia países con ingenieros y científicos de alta calidad, como India, China, Brasil o, en Europa, Hungría, Polonia, los países bálticos y, cada vez más, Rusia. Además, la investigación funciona en redes globales, de forma que la innovación de los laboratorios universitarios o de empresas depende menos de su localización que de su conexión a las redes más innovadoras.

Así planteado el problema, la crisis productiva de los países de vieja industrialización no parece tener salida. Las nuevas oleadas de deslocalización afectan ya a las actividades tecnológicas y de conocimiento que se proyectaban como la alternativa a la emigración de la industria de producción masiva. El déficit del sector exterior, tanto en Estados Unidos como en España, refleja el desfase entre donde se produce y donde se consume. Un desfase insostenible a medio plazo. Sobre todo en el caso de España, que no tiene el mismo incentivo para la inversión de los capitales asiáticos, y que tampoco puede especializarse en las actividades de más alto nivel de conocimiento (tanto en bienes como servicios) o en la industria militar.

Pero como la innovación surge de la necesidad, la experiencia internacional muestra algunas de las respuestas en curso a la problemática de una deslocalización cada vez más perturbadora. Por un lado, hay actividades que son difícilmente deslocalizables (aunque nada es imposible en la virtualidad global), a saber, los servicios públicos: la salud, la educación, la inversión en medio ambiente, la administración, los servicios y equipamientos urbanos, las infraestructuras de transporte y telecomunicación. Invertir en servicios públicos y en bienestar social es fijar capital, crear empleo, crear demanda y proporcionar un contexto que incremente la productividad del territorio, que se repercute en la de cada empresa. Y, tal como se hace en Escandinavia, los servicios públicos se convierten en mercados de lanzamiento para las innovaciones de pequeñas y medias empresas locales que a partir de ahí pueden competir globalmente. Sin embargo, los recursos para invertir en los servicios públicos tienen que venir de la competitividad del sector privado. Lo cual nos remite al problema de base. En este sentido, hay algo de cierto en el argumento que señala la ventaja comparativa de Europa occidental y Estados Unidos en la economía del conocimiento. Nuestras universidades, suficientemente dotadas y orientadas, están en mejores condiciones que las de los países recién industrializados, en la producción y gestión de conocimientos que añaden valor a la producción industrial y de servicios. Ahora bien, se da por supuesto que esto se traduce en formar ingenieros y en desarrollar tecnología de base electrónica o biológica. Y resulta que en una buena parte de

estas formaciones y líneas de investigación los países emergentes son perfectamente competitivos. No lo son en cambio en las ramas de ciencias sociales (cuando merecen el nombre de ciencias, en contraste con las peroratas ideológicas de uno u otro signo), tales como la antropología, la psicología, la sociología, la comunicación, la salud pública, la educación, la arquitectura (un arte social), el diseño, o las ciencias de la administración. Y se constata, desde las empresas, que conforme se globaliza el mercado y se diversifica la demanda, es esencial el diseño cultural, psicológico y social de procesos y productos. Siendo así que, cada vez más, son los consumidores los que inventan usos (como en los móviles) y crean modas (como en la confección). El diseño del coche del futuro que se está realizando en el MIT, además de incorporar nuevos combustibles, nuevos materiales y nuevos criterios ecológicos, también incluye diseños variables, con adaptación flexible a las necesidades de cada uno. La identificación de esa demanda variable, en un contexto diversificado globalmente, crea un enorme mercado para el trabajo y la investigación del conocimiento social aplicado. Son los antropólogos y no los ingenieros los que pueden observar e interpretar las pautas culturales emergentes que, además de crear mercados, tienen sentido para la gente, de forma que el sistema de producción se adapte no sólo a la demanda, sino al deseo individual o colectivo. En diversos círculos prospectivos de Estados Unidos se reclaman en estos momentos más estudiantes e investigadores de ciencias sociales y menos ingenieros, que no son mejores que los chinos pero sí mucho más caros. De modo que, como la historia da muchas vueltas, a lo mejor podríamos empezar a invertir en las ciencias sociales para elevar su calidad y, a partir de su potencialidad, relacionándolas con las escuelas de negocio y de servicios públicos, construir la economía del conocimiento en las áreas de ventaja comparativa del futuro, en lugar de redescubrir la ingeniería cuando ésta haya sido parcialmente reemplazada por ordenadores y robots cercanos o indios y chinos lejanos.